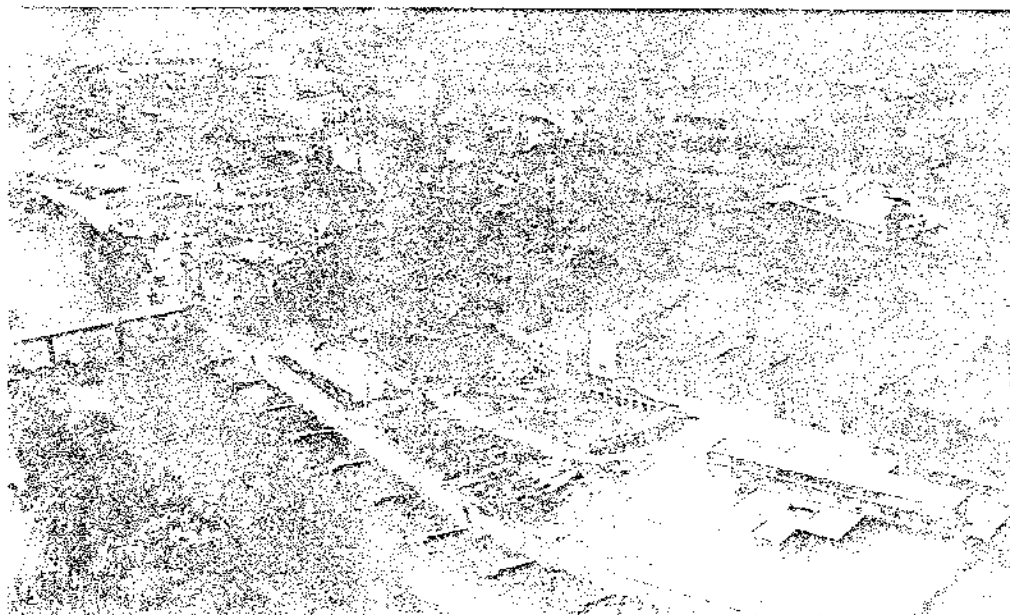




... Así en el Barcu, como en el Cielo



Arriónidas a principios de los '70

*Lo esencial sólo se ve con el corazón (El Principito)
Y ponga a mirar el alma... (Himno de Las Piraguas)*

Desde rapaz me recuerdo, feliz, en El Barcu. Allí vivían la mayoría de mis amigos, mientras que yo lo hacía, aún, en la calle Generalísimo, que, se suponía, tenía más categoría. (¿Por el ruidoso tráfico?). Además de otros prejuicios hoy superados con la democracia -y algunos sólo a medias-, el ignorante clasismo seguía estando entonces a la orden del día, marcando, con la virulencia que vuelve a hacerlo hoy, crueles territorios psicológicos, dividiendo injustamente a los conciudadanos y creando prepotencia ó resentimiento. Ya de guajes, ajenos a tanta miseria espiritual, nos apreciábamos a través del corazón y nos sabíamos -porque lo éramos- iguales. Pero también sufríamos alguno de esos zarpazos retrógrados, que nos hacían sentir intrusos dondequiera y que, como ahora, no entendíamos.

Corrían, con todo, los renovadores años sesenta y la vida, especialmente para los

adultos, no era tan fácil. Las necesidades básicas comenzaban a estar precariamente cubiertas, pero aún muchas de nuestras madres lavaban, ocasionalmente, la ropa en el río -eran veranos en que se restringía el agua a golpe de corneta, y se acarreaaba en calderos desde las fuentes públicas-. Había radios, teles, pocas. Si querías ver el único canal -en un blanco y negro que flipábamos en colores-, a los bares. Sólo había que recorrerlos buscando donde la tuvieran encendida. (Los críos copábamos las primeras filas a las siete cuando comenzaba Locomotoro, La Perrita Marilín, ó Guardianes del espacio). Las pacientes: Tere, del Café Gijonés; Carmina, del Café España; y Felisa, de La Económica, recuerdo que nos complacían y toleraban (que esa era otra) cariñosamente, a pesar de no consumir ni un vaso de sifón.

Con razón, y no sólo por los insólitos primeros biquinis y minifaldas, nos sabíamos una generación afortunada.

Las barriadas entonces, tenían su peculiar personalidad y una forma de vida casi extinta hoy. De puertas afuera. Las gentes eran más, generosas, sencillas, entrañables y, sobre todo, humanas; el concepto de vecino (cercano,



semejante) adquiriría su vital dimensión: la de amigo y socio (Las Cooperativas laborales, así lo prueban).

Se establecían de por vida afectivos lazos familiares (Elsita me acarretaba de paseo, en mis primeros años, como la hermana que nunca tuve). De emociones e intimidades compartidas. Una dura subsistencia basada en la reciprocidad. Los largos inviernos, reuniéndose en las pequeñas cocinas a tomar café, escuchar la radio, jugar a las cartas... Los calurosos veranos con la silla, a darle a la parpayuela en el fresco atardecer de la calle. La soledad, tan temida hoy, apenas se conocía.

Los barrios nos aportan esa segunda identidad, después de la familiar, que nos complementa como seres sociales. Estas historias podrían igualmente aplicarse a otros de la villa (Peruyal, Castañeu, Mermellina, Castañera, La Plaza...) ó de los pueblos y aldeas, pero a ellos animo al rescate de su propia memoria colectiva, que es, al cabo, la de todos).

La barriada del Barcu la conformaban, en aquella *década prodigiosa, esencialmente tres barrios*:

El Corral de abaju (con los Almeida, Ampudia, Amieva, Argüelles, Blanco, Cohen, Luaces, Mimoso, Prado, Soberón, Solís, Utrilla...) allí, la inolvidable Frutería de Paca, y una fuente pública a sus espaldas. *El Sella, (con los Cardín, Llamedo y Peruyero profusamente repartidos en los tres barrios, además de Blanco, Fondón, García, Villaverde...)* y *El Tocolí, mucho más numeroso (con los Cueto, Calleja, Concha, García, González, Granda, Garcés, Hernanz, Huergo, Longar, López, Martín, Martínez, Naredo, Puente (¡10 hermanos!), Pérez, Prieto, Redondo, Rodrigo, Sánchez, Sierra, Somoano, Somovilla, Tereñes, Vallina, Villar, Vivero...)*. Muchos de estos apellidos son compartidos por varias familias. Otros, omitidos, lamento no poderlos recordar ahora y desearía que vosotros sí).

Frente a la Capilla de San Antonio, el Taller de Pepe el de las bicis, el amigo de los niños, que nos las recomponía de sus descalabros con la mejor sonrisa. Y calle **abajo**, el descampado de Los Potreros (con los Casetos, la Pesa y unos largos cables, oxidados y paralelos, adonde se ataban las **reses** en las ferias del Carmen ó Santa Rita),

uno de los escenarios de nuestros juegos, junto con las dos espléndidas arboledas que desaparecieron en favor de la actual zona escolar. El solar de Velilla era una exuberante plantación de tabaco, alto como el maíz. Y el único y socorrido ultramarinos: La Tiendina de Herminia.

La rivalidad entre sus bandas de guajes, parecía inevitable aquellos años. Sobre todo en las largas tardes de verano. Y para eso teníamos las batallas Sella-Tocolí. Llamarías homéricas es quedarse corto. Alimentados por la épica que los dos Fermín (Padre e hijo) nos proyectaban en el añorado CINE PEÑASANTA (hecha de Oestes, gángsteres, zorros, piratas y tarzanes) ó por los héroes de los TBO's, no necesitábamos nada más para que la imaginación trocara aquellos desolados lares en selvas tenebrosas, mares iracundos ó desiertos extenuantes. Así, cargados de arcos, flechas, lanzas, tiragomas..., y escudos (los más miedosos), nos enzarzábamos en nuestros peculiares Mayos- 68. Con todo, sobrevivíamos. (La leche en polvo del Plan Marshal, que nos obligaban a tomar en la escuela, nos curó de espantos a edad temprana).

Claro que tampoco olvidábamos las bicis, los juegos de "pelota" (Ramón, el del Navío, nos las regalaba de *Gorila*), canicas, Yo-Yós (de *Fanta*), *las colecciones de cromos de los chocolates, el Espetu, el Garbancito, Tres marinos en la mar, (escondite), ó El conejo no está aquí* (canción de corro mixto donde el ganador besaba a su predilección); Zulemina, hacía de *Celestina sacándonos los colores y mexada de la risa*. Por supuesto que las niñas tenían igualmente sus propios juegos: comba, cola en alto, tångana, tiendas (se trituraban hojas como filetes y ladrillo como pimentón), balón quemau; a los que nos uníamos (en la escuela nos separaban) encantados, sin ningún problema.

Luego teníamos el Muro; que no podía evitar totalmente las crecidas, pero que a los crios nos venía muy bien para los reñidísimos circuitos de chapas y la fabricación de chiflos (raspábamos un hueso de piescu, caminando, al poco trecho, por el agujero conseguido, se sacaba la amarga semilla y ¡a chiflar!). Ahora se llama, acertadísimamente, Paseo Dionisio de la Huerta, (unos bancos, farolas y papeleras, rematarían gloriosamente la faena)

Esos mismos parajes servían de aposento a



Quien estuviera en Asturias
en todas las ocasiones?

los Circos Mundiales (mucho más artísticos y grandiosos que los que últimamente nos visitan). Y a los Teatros, que hacían estancias de un mes llenando a diario con exitosas comedias (Paso), sainetes (Hermanos Quintero), tragedias del gusto más popular y tremendista (Benavente), ó Vodeviles picantes y populistas, de autor olvidable pero de carcajadas desaforadas (*Enchúfame la goma, butanero*).

Y en el Barcu se sitúa una de estas evocaciones remotas pero imborrables: la de la Romería del Bollu. Aquella frondosa arboleda, que pronto ocuparía el Instituto, contenía sobre todo añosos nogales (aún los evocan las huertas que despiden al "Ríu Chicu" en su desembocadura: "La Noceda"). No necesito el almíbar de la nostalgia, para volver a "ver" allí, tal cual, a los "peruyalos" de entonces (salpicados del sol que filtraban los altos ramajes, sentados, sobre las abultadas raíces, contra los gruesos troncos tapizados de hierba y musgo; las cestas de comida abiertas a sus pies, como cofres del tesoro) festejándose entre risas y jaranas. Y, tras la verbena, a La Terraza a degustar las exquisitas "sopas de ajú" que sublimaba la cocinera, mi buena

tía, Chucha.

En aquellos veranos "sesenteros" silbábamos canciones como Juanita Banana, Dalila, La, la, la, ó nuestra Rumba del Cañón. Llegaron el Pop y el Twist. Los primeros tocatas y tragadiscos con *singles* de Fundador Los más mocinos se marcaban sus buenos guatecazos bajo el emparrado gigantesco de aquella inevitable Terraza; y el cóctel de *sangría en calderu: lo más "In"*. Los Sonámbulos, que arrasaban, actuaron allí. Y, en El Sella, como no podía ser menos, con una batería de latas de barnices y guitarras de juguete, surgieron "Los Extraños y "Los Stop II", que llegaron a debutar junto a "Los Baby-Twist" (guajes de otros barrios) con auténticos micrófonos y gran éxito en la Plaza de Abastos, merced a Pedro Mario Herrero (dirigió entonces en cine ¡Adiós, Cordera!).

Aquellas parrandas retumbaban alegremente en todo el Barcu.

Mientras, se pisaba la Luna por vez primera (los Apolos pasaron a ser nuestros helados favoritos), y nosotros hacíamos lo propio, pero cruzando a nado a la otra orilla de aquel tenebroso, por insondable, Pozu del Barcu. La playa fluvial donde generaciones aprendimos a nadar, a la par que aprovechábamos para



darnos buenas friegas con Chimbo ó Lagarto y unas ampollas romboídes de plástico que contenían una dosis de champú multicolor. Enjabonados, nos zambullíamos a la vez tras una estela de espumas turbias. Otras ocasiones el agua se llenaba de gritos y revuelos, vaciándose de bañistas que miraban aterrorizados desde la orilla, cómo alguna serpiente ó inofensiva culebra (aún no las distinguíamos) cruzaba ajena al caos, si no espantada de él. La lluvia de palos y "morrillos", que le caía encima al pobre animal, nos acreditaba como dignos sucesores de Pelayo (el Reconquistador, claro)

Allí veíamos sacar tantos salmones, como pescardos al Roque. (Era la década gloriosa) Y de tal calibre y bravura, que tuteaban al pescador durante unas largas lidias, que nos dejaban maravillados. Nosotros, a mano y apenas sin mojarnos, sacábamos anguilas de entre la arena; cogíamos cangrejos bajo las piedras sumergidas; ó atrapábamos ranas De hecho, uno de nuestros primeros ritos de admisión era la degustación de ancas de rana "a la foguera".

Y "Fogueronas" eran las que se levantaban los días previos a la Noche de San Juan, entre "el Sella" y el "Tocoti", compitiendo por la de mayor duración y espectacularidad. Trabajábamos todos de lo lindo acarreando madera de las riadas y de las sierras; cartones de las basuras... Las ruedas de caucho estaban "vedadas". Un monigote coronaba la cima. Y cuando la llamarada bajaba lo suficiente, los más osados la saltaban, de parte a parte, en un vuelo temerario y no siempre bien calculado. Como cuando lo hicieron, inadvertidamente y de lados opuestos, dos rapazos a la vez, chocando en medio de la aún crecida foguera y llegando a sufrir quemaduras de cierta consideración. Ellos lo recordarán mejor.

Pero espectáculo apocalíptico, el que el río presentaba en sus desmesuradas crecidas, amazónicas y rugientes. Arrastrando un espantoso cortejo de cadáveres animales, latas, plásticos, bidones, espectrales navíos de árboles... Convirtiendo, un año sí y otro también, la barriada en una patética *Venecia de aguas embarradas, de fantasmagóricos pabellones flotantes, de bajos, viviendas,*

huertas y corrales sumergidos; de vecinos, encenagados hasta la cintura, avanzando penosamente, afanados en ayudarse a poner a salvo los enseres, vehiculos -más bicis y motos, que coches-; y, sobre todo, los cerdos, conejos y gallinas, de los cubiles cercanos. Nunca fueron tan útiles las botas de pesca, como en esas ingratas ocasiones en que el viejo Salía mostraba su lado más cruel.

Pero tras aquellos *subidones venía la mejor de las bajadonas: la de Les Piragües*, que nos quitaba a todos el mal sabor de boca. Lo de tener en "nuestros dominios" una de las mejores fiestas del país y, sin duda, la más poética y hermosa (al menos entonces, con indescriptibles desfiles Dionisiacos), nos llenaba de orgullo desde críos.

El río. Siempre omnipresente. Amamantador de incontables generaciones. Discurriendo y vertebrando la geografía de nuestros recuerdos. El Sella, que nos fluye en la sangre, adonde quiera que vayamos.

Preferiría no recordar el desencajado rostro, que mostraron en algunas funestas ocasiones los barrios, especialmente, cuando la tragedia los golpeaba simultáneamente en lo más jóvenes y queridos. Pero si nunca padecimos mayor dolor, tampoco la unión vecinal fue más firme y necesaria que en aquellos momentos.

Y detrás del Tocoti, La Noceda. Con el Transformador (donde hacíamos teatros), los cobertizos, cubiles, y ese mosaico de huertas (Carmina y Josefa, además, floridos jardines) que tanto supusieron en las modestas economías familiares. Primorosa, y mayormente, cultivadas por esas esforzadas mujeres. Las mismas que (aún silban en mis oídos sus pértigas de avellano) vareaban resoplando con furia, la sorda y recién lavada lana de los colchones. Secándolos al sol de las huertas. Dejándolos mullidos, como nubes. (Maruja y Ángeles, saben de esto). La vega, que los tendales de ropa transfiguraban en un jovial mar de banderas restallantes, cuando no en una flota de velámenes corsarios.

Permitidme no olvidar, el que cada otoño aroma de fragantes manzanas el barrio, el Lagar de Basilio, mi padre, (que ya en el primer día de su llegada a Arriondas -es de Robriguero-, uno de sus trámites de urgencia fue hacerse de los primeros socios de aquella incipiente Sociedad de La Peruyal). Tras ser herrador, en este mismo barrio, retomó la tradición de Níco, su fundador en 1890, hasta convertirlo hoy en la



empresa más antigua del Concejo y, acaso, en el lagar industrial con más solera de Asturias. Y trayéndose el mayor galardón, que en ésta se otorga a la mejor sidra (1987), a su tierra de adopción, Parres. Los inestimables vecinos Rufa, Pepa, Ángeles, José, Manolo, Juan Luis... colaboraron generosamente con él aquellos duros años. Tampoco, en el Bollu como en Piragües, la falta de camión le impedía tirar de un *Sidro-carro lleno de ramas, sidra y jolgorio, animando esos desfiles a golpe de culettes*.

Finalmente, tampoco relegaré al genuino jardín botánico de la villa: los selváticos dominios de Cepa. Con sus mil maravillosas especies vegetales. Donde los cerezos y ciruelos se llevaban la palma de nuestras preferencias, seguidos de las cañaveras para hacer cañas de pescar. La "escorribanda" merecía realmente la pena.

Sí, creo que podemos afirmar que, a pesar de ciertas penurias, conocimos tiempos más imaginativos y fraternos. Que ningún orgullo equivocado, nos lleve a renegar de unas raíces que no nos inmovilizan, y sí nos afianzan para crecer y transmitir a las demás generaciones el mejor fruto posible: *el coraje, la humildad y el cariño de quienes, con su propia abnegación, supieron inculcárnoslo. Muchas de estas buenas gentes han desaparecido, pero nunca de nuestro corazón. Esta deshinchada evocación pretende hacerles, sin excepción, un transparente y sentido homenaje. A sus legítimas aspiraciones de superación, de cotidianos madrugones de noches, nieblas y fríos. A su orgullosa lucha para mantener, siquiera, la esperanza. A su gran logro por hacernos personas dignas en este planeta, todavía tan inhumano e indigno para la mayoría. Un reconocimiento a los que la*

injusta historiografía oficial, invariablemente, esquiva; que nuestra misma desmemoria social, penosamente, acaba arrinconando. A los que conocemos de siempre y que, felizmente, saludamos todos los días.

El Barcu sigue creciendo. Enriqueciendo su cosmopolitismo con nuevas comunidades familiares (el Futuro será mestizo, ó no será). Acabamos de estrenar *escolleras con bellos paseos y ríos depurados, y, en pocos años, se completará su urbanización. Confiemos en que (mirando con un poco de alma) se lleve a cabo esmerándose en los ineludibles espacios verdes (no grises), sólo así cobraría sentido la verdadera y democrática esencia de la palabra urbanizar: "Hacer a uno sociable, y urbano" (cortés, atento, de buen modo...), sólo así los legítimos derechos de sus habitantes, obtendrían la justicia histórica que su memoria merece. Y, puesto que el entorno nos hace, no tendríamos que lamentar nunca aquello de: ¡Qué verde era mi barrio! Y podríamos seguir, gozosamente, afirmando: "Así en el Barcu, como en el Cielo".*

Amén.

Posdata: *Consuélese, quien pacientemente hasta aquí llegare, de que mis recuerdos sean nada, comparados a los de nuestra vecina más querida, María Llamedo, a caballo de tres siglos, egregia representante de nuestras madres-coraje, y símbolo vivo (que sea por muchos años más) de ese matriarcado, irreductible y secular, acaso el alma genuina de esta Asturias de nuestros amores.*

Miguel Aramburu. (Primavera 2006)